

# Reflexiones del pasado, presente y futuro de la Universidad Peruana Cayetano Heredia en el contexto del Perú y el mundo

*Reflections on the past, present and future of Universidad Peruana Cayetano Heredia in the context of Peru and the world*

**Eugenio Villar Montesinos<sup>1</sup>**

ORCID: 0000-0003-0531-487X

Universidad Peruana Cayetano Heredia  
eugeniovillarm@gmail.com

© El autor. Artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v66i2.5002>

Dignas autoridades, miembros de la comunidad universitaria, señoras y señores:

En primer lugar, quisiera expresar mi profundo agradecimiento a las autoridades por el alto honor que me han concedido de ofrecerles estas modestas reflexiones en tan magna ocasión. Quiero también agradecer a mis buenos amigos heredianos, quienes han compartido sus ideas sobre nuestra universidad. Voy a hablar a título enteramente personal, animado por el incondicional afecto por mi *alma mater*, así como por mi convicción del importante rol que nuestra universidad ha jugado, juega y, más aún, debe jugar, en el complicado país y mundo en el cual nos ha tocado vivir.

No pretendo, en lo absoluto, tener ni autoridad ni conocimiento para emitir juicios ni recomendaciones categóricas. Mi residencia por casi tres décadas en cuatro países, por motivos de trabajo y estudio, no me permiten, a pesar de haber mantenido vínculos, conocer en profundidad la situación de la universidad. Sin embargo, esa distancia también puede ser una ventaja comparativa para compartir

algunas reflexiones generales de temas que son de utilidad o interés.

Quiero comenzar mencionando que —y de seguro coincidimos en este pensamiento— los tiempos sanitarios, sociopolíticos y académicos en el país son críticos; algunos dirían de virtual colapso social e institucional. Desde mi visión de médico salubrista global —con estudios y estadías en más de setenta países y en cinco continentes en el área de políticas públicas y de salud—, afirmo que lo que vivimos no tiene precedentes en la historia de la humanidad en cuanto a la coexistencia incua, inaceptable, de la mayor riqueza y conocimiento junto con una masiva pobreza y exclusión. A esto hay que añadirle el riesgo real de la destrucción irreversible del planeta donde habitamos, un escenario también sin precedentes que constatamos con el cambio climático cotidiano. Esta inequidad —es decir, aquella desigualdad injusta que, además, es extrema y creciente— es producto, según muchos, de un modelo globalizado de neoliberalismo, el cual parece ser un factor que explica la inestabilidad, la inseguridad, la polarización, el desgobierno y, como consecuencia de ello, el deterioro desigual de los determinantes sociales, que resulta, finalmente, en una mayor inequidad en salud. A mi criterio, la

1. MD, MSc, CHDC. Profesor extraordinario UPCH.

inequidad en salud es el principal problema e indicador sociosanitario que caracteriza al Perú y al mundo en el que vivimos.

Toda esa compleja cadena determinística o causal —no lineal— se ha expresado patéticamente con la pandemia de la COVID-19. Esta ha sido especialmente trágica para nuestro país y también de alguna forma lo ha sido para nuestra universidad. Esto no hace sino demostrar que no solo nos están matando las enfermedades, sino que también lo está haciendo la inaceptable forma en la que funciona la sociedad; y de paso, estrechamente relacionado, estamos matando al planeta. Me van a permitir ahondar después en estos temas que hemos estudiado desde la Organización Mundial de la Salud durante estos años, sin duda con limitaciones, para poder caracterizar el contexto general en el que nos movemos.

Pero el país y el mundo no están solo llenos de problemas ni de desgracias, sino también de logros, utopías, esperanzas y de promesas traducidas en la vida real a través de instituciones y sus trayectorias con buenos resultados.

Es aquí donde quiero ubicar a nuestra querida universidad. Históricamente, irrumpimos con Cayetano como respuesta a la profunda crisis universitaria y social del país de los años sesenta, cuando un grupo de ilustres profesores y estudiantes deciden apostar con convicción, sacrificio y fe por una utopía de excelencia académica, de docencia e investigación, que se hace realidad y se instrumentaliza a través de lo que llamamos el “espíritu herediano”. Los buenos resultados están objetivamente a la vista, a través de profesionales y conocimiento de alto nivel científico y ético traducido en servicio transformador para alcanzar mejores niveles de salud, vida y bienestar en el Perú y en el mundo globalizado. Liderar en excelencia académica en las universidades de nuestro país y de América Latina nos llena, por tanto, de legítimo orgullo, así como de responsable compromiso. Caminamos ya por seis décadas, dos siglos y dos milenios. Hemos sufrido también la Guerra Fría, su

fin junto con el de la utopía comunista soviética, todo el sangriento conflicto interno, y vivimos ahora en la globalización neoliberal. Mucho hemos aprendido.

Como cualquier institución, el paso de los años y de las generaciones, sumado al deterioro del conjunto de la sociedad peruana como la global, lamentablemente, nos ofrece un presente con una gran encrucijada. Perú y Chile fueron las estrellas macroeconómicas de América Latina. Chile fue el primer país del mundo en implementar políticas neoliberales a ultranza, a sangre y fuego pinochetista hace cincuenta años. En el Perú, se concretaron por el golpe de Estado de 1992, hace más de treinta años.

A la par del crecimiento económico y la reducción de la pobreza monetaria, el modelo en ambos países trajo, como en todo el mundo subsecuentemente, un gran crecimiento de la inequidad, así como una reducción de la inversión pública en salud y educación, y un favorecimiento de dichos servicios privados con fines de lucro bajo la égida de la llamada “mano invisible del mercado”. En el Perú, dicho modelo siguió siendo extractivista y, por ende, poco generador de empleo por su nulo valor agregado, que no impactó en la reducción



Históricamente, irrumpimos con Cayetano como respuesta a la profunda crisis universitaria y social del país de los años sesenta, cuando un grupo de ilustres profesores y estudiantes deciden **apostar con convicción, sacrificio y fe por una utopía de excelencia académica**, de docencia e investigación, que se hace realidad y se instrumentaliza a través de lo que llamamos el “espíritu herediano”.



de la economía informal. Menciono las críticas al modelo neoliberal, que sin duda no gozan de total consenso, no por querer hacer política con ustedes; en realidad, estas provienen del mismísimo *staff* del Fondo Monetario Internacional, que en el 2016 ya reconocía que “en vez de llevar al crecimiento, algunas políticas neoliberales han aumentado la desigualdad, a la vez que ponen en peligro la expansión duradera”. No quiero desmerecer al Nobel Milton Friedman por

sus útiles aportes a la teoría monetaria, pero sí citar, por ejemplo, al también Nobel Paul Krugman, quien lo cuestiona por su activismo político, endiosando el mercado y demonizando al Estado con su ideología neoliberal individualista que se impuso en todo el mundo. El resultado, aquí y en todo el globo, ha sido una mayor desigualdad en la economía y en la sociedad, así como en el acceso a servicios de salud y de educación públicos de calidad. Adiós a la atención primaria de la salud, bienvenidas las universidades y clínicas privadas. Algunas de ellas buenas y otras muy malas, pero todas ellas muy lucrativas.

En ese marco general, para nuestra universidad, competir con las universidades cuyo fin es el lucro y no la excelencia ha sido y es muy difícil, tal vez hasta imposible. Como vemos, ellas son tan grandes financieramente, como negocios fáciles, que hasta han irrumpido en varios casos delictivos, incluso en la política, degradándola. Además, muchas de ellas son una estafa para los estudiantes, las familias y el país. El impacto de este contexto y de la competencia desleal en nuestra universidad ha sido enorme, pues ha afectado a todo y a todos, incluyendo, dolorosamente, los magros salarios de profesores y trabajadores, la calidad y la actualización tecnológica de nuestras sedes clínicas docente-asistenciales, la reducción de recursos para investigación y muchos más. Todo ello perjudica a nuestros excelentes y sacrificados alumnos; sin lugar a dudas, nuestro más valioso activo. Esta competencia “sangrienta” azuzada por muchas universidades con fines de lucro se basa, para atraer estudiantes (clientes, en realidad), en el uso y abuso de los *rankings* mercantilistas. Ellos distorsionan la calificación de las publicaciones de investigación con todo tipo de compra y venta de autoría de artículos científicos, muchos de ellos irrelevantes, en complicidad con algunas revistas científicas que se prestan para estos fines. Todo esto ha sido denunciado con mucha rigurosidad por nuestro vicerrector de Investigación esta semana en un artículo de *El Comercio*, que los invito a leer.

Frente a esta crítica situación, aunada a la crisis del *vacunagate*, en la que no voy a ahondar por ser extremadamente compleja y aún muy sensible, nuestra universidad ha tenido que emprender duros y, sin duda, no deseables ni consensuales cambios. Ello le ha permitido salir adelante buscando mantener la excelencia que nos caracteriza, y seguir creciendo en aportes al conjunto de la comunidad nacional que

nos necesita con igual urgencia. No me corresponde detallar, justificar ni menos criticar el presente, tan solo reconocer que la universidad ha respondido a esta crisis de manera integral, con la dolorosa, pero necesaria renuncia de las autoridades, con cambios de responsables de proyectos y procedimientos cuestionados, y se ha sometido oportuna, correcta y democráticamente a su renovación. Toda una lección en un país donde la rendición de cuentas, la responsabilidad gobernante y la autocrítica consecuente brillan por su ausencia. El tiempo nos dirá el resultado de las medidas asumidas.

Ahora, quisiera reflexionar con ustedes sobre el futuro. Tendemos a ver, preocupados, el complejo contexto externo, pero yo los invito también a reflexionar sobre el extraordinario aporte que puede y debe hacer la universidad en la búsqueda, el debate y el consenso en relación con lo que el país y el mundo requieren para salir adelante. Mi punto de partida es el enorme capital de conocimiento humano, el mejor que tiene el país en su campo, para entender y plantear derroteros sobre la base de valores y evidencia científica, ya sea en la formación de sus profesionales o en la investigación, y en el servicio a la comunidad.

En este punto, quisiera resaltar el esfuerzo institucional inédito por reafirmar los valores esenciales heredianos. Esto es fundamental, porque en estas épocas se procesan cambios globales importantes en la esfera axiológica; es decir, en la base valorativa tanto individual como colectiva. El extremo de ello muestra destructivamente cómo la deshonestidad y la corrupción, en especial en la política, trastoca completa y peligrosamente los valores de la ética, y la honestidad social y pública, sobre todo en la juventud. Los seis valores heredianos de índole individual podrían ampliarse si se inculcan valores morales de índole profesional y público-social que confronten, a mi criterio, lo ya dicho; en otras palabras, los valores individualistas frente al mercado, muchas veces contrapuestos a los valores de los profesionales en su honesto quehacer, así como los que norman la solidaridad del individuo con su sociedad diversa en la búsqueda de la esquivada equidad. Las carreras que ofrece Cayetano, centradas alrededor de la vida, merecerían bases valorativas explícitas más sensibles al bienestar, la ilustración y la entrega, para aliviar el sufrimiento y dolor humano. En los EE. UU., en las encuestas que se aplican a estudiantes de medicina ingresantes, un 90 % de ellos destaca que esos valores son su motivación en su elección profesional.

A este respecto, quisiera destacar el reposicionamiento indispensable de los valores profesionales, promovido globalmente por el importante movimiento de medicina y salud centradas en la persona. Este movimiento —liderado por el ilustre herediano Juan Enrique Mezzich, eminente psiquiatra, ahora en la Escuela de Medicina de Mount Sinai en los EE. UU.—, a contracorriente de la comercialización de la atención médica, promueve los valores médicos primigenios enfocados en el respeto irrestricto del paciente como ser humano y su entorno. El movimiento cuenta con un colegiado y un *journal* muy activos, dedicados a este fundamental enfoque médico y de salud, centrado en valores.

Junto con los innegables avances científicos en nuestros campos del saber y su siempre limitada difusión, la educación sanitaria de la comunidad es minada por la deliberada desinformación y las *fake news* generalizadas por motivos ideológicos, políticos o comerciales. En consecuencia, hacen muchísima falta (yo diría que es urgente) instituciones como Cayetano, que tengan credibilidad para contribuir con ciencia y evidencia en la gran tarea de la educación en salud poblacional, un determinante social y una función esencial de la salud pública clave.

Igualmente, creo que la universidad tiene el papel fundamental de contribuir al diagnóstico y a las soluciones de los problemas que confronta la sociedad en sus campos de saber en particular, pero no exclusivamente, en las políticas públicas en las que los gobiernos, el sector privado y la sociedad civil por sí solos no son capaces de avanzar.

Un ejemplo del campo de la salud y la salud pública, de lo ya mencionado, es la inequidad en salud —por mí referida como el problema sanitario principal que se debe afrontar en el Perú y en el mundo—. Es el resultado de la inequidad en sus determinantes sociales y, más allá de los enormes y prioritarios problemas de salud curativa en los que nuestra universidad brilla, su abordaje está en el continuo de servicios preventivos, promocionales, de rehabilitación y paliativos desde los niveles primarios y con un equipo interdisciplinario de salud. Todo ello articulado con la acción de políticas públicas necesariamente intersectoriales (integrando accionar en salud, educación, vivienda, transporte, ingresos, empleo, agua y desagüe, entre otras) para abordar dichos determinantes a fin de reducir, de

forma integral, la inequidad en salud. La ciencia y la experiencia exitosa no conocen otra forma, pero, lamentablemente, el país, y buena parte del mundo, no sabe de ese tipo de diagnóstico integral ni de su manejo interministerial. Llevamos décadas engañándonos al creer que la solución al problema de salud es únicamente el contar con más hospitales y alta tecnología, que nadie duda que hacen falta. La tragedia de la COVID-19, por falta de estos enfoques integrales, ha traído, a pesar de todo, algo bueno: la convicción del país, en su conjunto, de que una prioridad nacional (si no la más importante) ¡es la salud! Esta es una extraordinaria oportunidad para que se puedan hacer planteamientos con evidencia en estos campos. ¿Quién los hará? Sin duda, el Estado será, en última instancia, el responsable, pero ¿no es una tarea en la que nuestra multidisciplinaria universidad, con su buen ganado prestigio, debería también hablar fuerte, claro y con base científica? Lo mismo en los múltiples e importantes campos, como la salud mental, la educación, la veterinaria y otros de nuestro quehacer.

Estoy al tanto de las dificultades que enfrentan las nuevas facultades, pero también de sus contribuciones. Resalto, entre otras, lo que el área de Educación ha hecho para mejorar masivamente la calidad docente de muchísimos maestros de escuela: un tema fundamental para el presente y futuro de los estudiantes, sus familias y la sociedad, que ha sido fuertemente golpeada, de nuevo de manera inequitativa, por el cierre excesivamente largo de los colegios por la pandemia. ¿Cuánto más avanzaríamos si contribuyéramos, por ejemplo, en mejorar el currículo y la enseñanza misma para propender a una educación en salud preventiva orientada hacia los determinantes sociales territoriales con la finalidad de impactar más eficazmente en la equidad en salud? Definitivamente, todas y cada una de las facultades que tenemos ahora se enfocan en muchos de los determinantes sociales y podríamos entonces contribuir con propuestas para la salud en todas las políticas públicas intersectoriales. Dada esta amplitud académica, la universidad también puede y debe profundizar su contribución a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Agenda Global 2030, suscrita formalmente por todos los países y el Perú en 2016, pero que, en la realidad, no está mereciendo la prioridad que debiera, lo que la deja solo como retórica. Su difusión, monitoreo y evaluación independientes y el aporte para su traducción en

políticas públicas basadas en evidencia son inherentes a la contribución de la universidad a la sociedad y al planeta.

En este marco, debo hablar de la enorme importancia de las humanidades y las ciencias sociales para nuestro quehacer. Esto no solo enriquece la formación humanista que siempre nos caracterizó y no solo para nuestra profesión, sino para nuestra vida misma individual, familiar y social. Ninguna especialización será sólida ni legítima sin una firme base formativa en estos campos, que en mi tiempo se daban en los llamados Estudios Generales. En cuanto a las ciencias sociales, ninguna buena física, fisiología ni clínica bien llevadas pueden tener un impacto social en el Perú ni en el mundo si carecen de una consistente ciencia social y, sin duda alguna, también ciencia política. ¿Cómo entender para nuestra vida personal, para nuestra profesión, para educar y formar cívicamente a nuestros hijos en lo que pasa en nuestra compleja sociedad si no entendemos objetivamente la dinámica histórica y social que están en su origen? ¿Cómo entender la relación entre la genética, la epigenética y los determinantes sociales en una patología o en su manejo si es que no conocemos la realidad socioeconómica de nuestros pacientes? ¿Dónde estamos en todo esto?

Otro ejemplo es el aludido tema medioambiental, tanto el cambio climático, expresión del calentamiento global, como la contaminación ambiental, especialmente del aire. Ambos temas en conjunto afectan la salud (25 % de la mortalidad global de enfermedades cardiovasculares —en nuestro país sin duda más, y no hay medidas— se debe a las micropartículas producto de la combustión en el aire que respiramos). Estos problemas están acabando con el planeta y sus habitantes. De hecho, un problema adicional es el de la desaparición (en realidad, eliminación por parte de los *Homo sapiens*) de otras especies (referido metafóricamente por *Nature* esta semana como “poda con motosierra

de ramas enteras del árbol de la vida”). ¿Consciencia sobre ello? Cercana a cero en el Perú. ¿Alternativas propuestas? Ídem. Nuestra universidad, que tiene un campus potencialmente idóneo para estos temas, que formará ingenieros medioambientales, que conoce la fisicoquímica, fisiopatología, clínica, entre otros tópicos, ¿no tiene algo que decir? Podríamos seguir así, con tantos temas como especialidades en el campus. Creo que tenemos una contribución potencial a los graves problemas del país y del mundo (donde estamos entre los malos ejemplos, como con la COVID-19); tan solo tenemos que aspirar a hacerlo, quizás de la mano del Consorcio de Universidades a fin de hablar claro y alto al país.

Finalmente, quiero mencionar algunas reflexiones sobre un tema que considero relevante para nuestra universidad, en el cual también podríamos prepararnos, beneficiarnos y contribuir. Se trata de la inteligencia artificial (IA). Como ustedes saben,

la IA se ha desarrollado exponencialmente a nivel global, y ha venido no solo para quedarse, sino para disrupir la producción del conocimiento y también el método mismo de hacer ciencia. Numerosas aplicaciones ya han dado cuenta de sus beneficios, como la determinación de la forma tridimensional de todas las proteínas conocidas. Ya hay vacunas y nuevos antibióticos en pleno desarrollo con este uso. Lamentablemente, junto a lo positivo, la IA

viene también disrupiendo diversas esferas de la sociedad. Se teme, por ejemplo, la masiva pérdida de empleos. Esta semana en *Medscape*, ya se especulaba en un futuro la posibilidad de que desapareciera la especialidad de cardiología, dados los avances en ese campo por dicha tecnología. Por otro lado, la IA puesta en malas y criminales manos viene ya manipulando la información, lo cual produce niveles completamente distorsionados del entendimiento humano en esferas como la democracia, la ciencia y la vida social civilizada.

...creo que la universidad tiene el papel fundamental de contribuir al diagnóstico y a las **soluciones de los problemas que confronta la sociedad** en sus campos de saber en particular, pero no exclusivamente, en las políticas públicas en las que los gobiernos, el sector privado y la sociedad civil por sí solos no son capaces de avanzar.

Ya vimos, pero es solo el inicio, su nefasta influencia en elecciones importantes en el mundo. Yuval Harari, un gran pensador e historiador, ha llegado a anunciar el fin de la historia humana considerando su mal uso. Esto no quiere decir necesariamente el fin de la historia, sino de la historia que es fruto de la acción humana, para asumir la IA su protagonismo. Su uso y sobre todo la contención, regulación y prevención de su agencia deliberante demanda capacidades urgentes, que nuestros gobiernos, por sí solos, no conocen o no podrían conocer. Sí, también creemos que nuestra

universidad debería involucrarse más sistemáticamente en la IA tanto en beneficio de la producción científica como en la prevención de su mal uso, a través de una regulación estatal informada.

Finalizo agradeciéndoles por su amable atención, y agradeciéndoles más aún cualquier comentario, corrección, crítica o sugerencia que puedan enviar a mi correo electrónico personal.

Muchas gracias.